

Panait Istrati

EN mis primeros recuerdos una plumilla blanca que transparentaba los siete colores de la luz, suspendida en sus rayos, flotaba suavemente ante mis ojos de niño asombrado, que soñaba con el país lejano del cual el viento la llevó. Era una simple plumilla arrancada de una flor de cardo que me aportaba lo maravilloso. Sentada sobre mis pequeñas piernas seguía extática sus vueltas ondulantes y la veía partir con una pena que ya insinuaba a la futura vagabunda. Hoy el revivir palpitante de esa sensación ante un libro estremecido: *Les chardons du Baragan*, de Panait Istrati.

Allá en las llanuras incultas de la Valaquia, los cardos llevados por el viento—el terrible Muscal—arrastran consigo los ensueños de un niño: danzar con ellos, embriagarse con aire y torbellino, camino de lo desconocido. “Dios sabe de dónde vienen y a dónde van” dicen los viejos que les atisban tras de la ventana.

Pero un día cualquiera también se llevan al muchacho que no resiste a su fascinación. Cambia sus zapatos con un compañero y con esta única preparación se sumerge en el Baragán. Lleva en sus oídos una balada campesina, un sarcasmo popular rumano que su padre ya le ha hecho familiar. Y así, sin más equipo, vive su bella libertad hasta que un día las circunstancias, felices en apariencia, lo amarran a una aldea. Ahí la vida se desliza miserable, atormentada. El hambre lleva a la bebida y a la insurrección. De pronto las provisiones de los ricos son repartidas entre los pobres, hasta el momento en que llegan tropas de refuerzo y pasan por las armas a los habitantes. No han cometido más delito que ser víctimas del hambre. Consigue arrancar el muchacho, y piensa en el refugio que puede ofrecerle la aldea paterna. Llega extenuado, muerto de fatiga. Entra a una posada; a su lado dos campesinos comentan la sublevación, que se ha extendido a la propia comarca, y uno de ellos agrega:

—El pobre Marine no era absolutamente peligroso. Viejo pescador de Lateni trabajaba aquí o allá siempre tocando su flauta. Se le arrestó diciendo que cantaba una canción campesina en la que era cuestión de «una *mamaliga*, no más gruesa que una nuez, defendida a golpes de mazo de las pequeñas garras de los muchachos». Por lo tanto, era un revolucionario y se le fusiló.

—Yo creo que se trata de tu padre—dicen al enamorado de los cardos.

El pobre niño lo cree así también, pero no siente nada. Nada, sino su pecho en el cual se hace el vacío.

Momentos después corre desesperadamente por el camino.

—¿Adónde vamos, Yonel?

—Hacia el mundo, Mataké, los cardos tras de nosotros.

Historia de niño en la que la realidad va a herir la fantasía, a dejar su huella profunda en el temerario que quiso llevarla consigo en el camino. La existencia entera de Panait Istrati está impregnada de este sello. Impulso que al frustrarse ya muchas veces, lo lleva a cortarse la garganta.

Hijo de un contrabandista griego, que no conoció, y de una campesina rumana a la que abandonó cumplidos los doce años, por una vida de vagabundaje, ha hecho todos los oficios y todos los trabajos, los más duros y los más extraordinarios, buscando en la vida la belleza cambiante y atrayente de lo desconocido. Recorre el Egipto, la Siria, Jaffa, Beyruth, Damasco y el Líbano, el Oriente, Grecia, Italia. Se mezcla a los movimientos revolucionarios y almacena recuerdos e impresiones, hasta el día en que, frustrado su suicidio, Romain Rolland, percibiendo en él el genio literario, lo obliga a ser un escritor.

Kyra Kiralina es la primera realización en el esfuerzo.

Yo no soy un escritor de oficio—dice en el prefacio—y no lo seré jamás. El azar ha querido que fuera cogido en las aguas profundas del océano social por el pescador de hombres de Villeneuve (Romain Rolland). Soy su obra. Para poder vivir mi segunda vida tenía necesidad de su estimación y para obtener esta estimación cálida, amistosa, me exigía escribir. «No espero de Ud. cartas exaltadas—me decía—; espero la obra. Realice la obra, más esencial que Ud., más durable que Ud., de la cual Ud. es la cáscara.»

Con esta fusta sobre los riñones—agrega Istrati—me puse a trotar con impulso. Entregado a mí mismo no soy capaz de hacer otra cosa que la pintura de paredes, la fotografía a pleno aire y otros trabajos comunes al alcance de todo el mundo.

Romain Rolland no se equivocó al ver en él un nuevo Gorki de los países balcánicos. La obra de Panait Istrati se impone más y más cada día. Todas las miserias, todas las locuras, todas las pasiones que lo han sacudido a lo largo de su vida aventurera nos las va dando en libros, y libros fuertes, precisos, filosóficos a pesar suyo.

En *Kyra Kiralina* es el niño al cual la vida—viento caliente del desierto—lleva en su disolvente impulso más allá de los límites del bien y del mal. Desecho humano nacido en un ambiente de cortesanas en el cual crece mirando a su madre y a su hermana con ojos de lascivia. El alma de niño de *Les chardons du Baragan* es aspirativa, fantástica, abstracta. La del pequeño héroe de *Kyra Kiralina* es sensual, llena de molicie y de volup-

tuosidad. Facetas de la múltiple y maravillosa de Panait Istrati, ambas están saturadas del demonio oriental.

Pero toda ella tiende, converge, hacia una armonía que sólo se encuentra en la amistad. Como dice Romain Rolland, "su obra, su vida entera podría ser dedicada a este sentimiento".

Para obtener la del autor de *Juan Cristóbal* gira violentamente hacia el bien y hacia la acción. La mirada suave, apostólica del gran escritor pasa por su pobre cuerpo despedazado, llega hasta su espíritu enfermo, agotado, y consigue hacer de él un hombre. Sus ojos claros y serenos sólo saben reflejar la piedad bondadosa que le inspira la humanidad. Un día posando para un busto de Laura Rodig sonreía con tal dulzura que hizo decir a la escultora:

Nunca me he sentido mejor, nunca nadie me ha dado más fuerzas y valor que ésta persona, con la cual casi no he podido cambiar dos frases en su idioma.

El mundo deberá a Romain Rolland—después de la luz de su propia obra—poder agregar el nombre de Panait Istrati a la lista de sus mejores escritores. Y de todas las compensaciones que ofrece su propio espíritu al desterrado de Villeneuve, quizás ninguna más fortalecedora que esta comprobación de fuerza de su ser moral, y ningunas palabras más suaves a sus oídos que las que terminan *Kyra Kyraldina*.

Sí, a los diez y seis años yo conocía la bajeza del alma humana. Y no conocía todo.

No sabía sobre todo que las obras de la Creación son infinitamente complejas y variadas, que mil ignominias sufridas no nos dan el derecho de escupir sobre la humanidad entera. Dios mismo ha comprendido esto cuando, enojado contra una humanidad pecadora, decidió castigarla sin exterminarla, puesto que salvó del desastre a un patriarca justo y a su familia. Es verdad que la humanidad que ha seguido al diluvio no ha valido más que la precedente, pero no ha sido culpa de ella. Es que Dios (como yo a los diez y seis años) conocía mal el mundo y no sabía lo que hacía.

Después he sabido, desde el día en que el destino me envió un Barba Yani vendedor de sales y alma divina, que debe considerarse feliz el hombre que ha tenido la suerte de encontrar en su vida un Barba Yani. Yo no he encontrado jamás sino uno solo pero él ha bastado para hacerme soportar la vida, y, a menudo, bendecirla, cantar sus alabanzas. Porque la bondad de un solo hombre es más poderosa que la maldad de mil; el mal muere al mismo tiempo que el que lo ha ejercido; el bien continúa brillando después de la desaparición del justo.

Como el sol que disipa las nubes y lleva el júbilo a la tierra, Barba Yani fulminó el mal que roía mi alma y llenó mi corazón de salud. No fué sin resistencia de mi parte; no fué sin humillante oposición; pero ¿cuál es el corazón que aún muy martizado por la vida, sea capaz de hacer frente a la explosiva bondad?

Así es al salvador de Sodoma y de Gomorra a quien debo las horas de emoción y de belleza que me han procurado *L'oncle Anghel, Les chardons du Baragan, Kyra Kyralina*. Así va hacia él mi acción de gracias y hacia la fuerza oculta que mantiene el mundo permitiendo que la bondad suprema vaya a unirse muy raras pero algunas veces, al supremo talento.

Los hombres que realizan esta unión no arrastran siempre tras su carro mortuorio todas las celebridades que han visto mis ojos desfilas tras los despojos del Mariscal Foch, pero como los pilares de las catedrales góticas quedan ahí manteniendo, frente al paso de los siglos, su belleza eterna.—MARTA VERGARA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Internacionalismo cultural

LAS Universidades de la costa norteamericana del Pacífico están logrando convertir estas zonas, geográficamente remotas, en centros de comunicación internacional. Uno de los medios más eficaces que se ponen en práctica es la celebración de Institutos para la libre discusión. Uno de estos Institutos acaba de celebrarse en Los Angeles, otro va a tener lugar en Seattle; en el de Los Angeles se estudiaron asuntos norteamericanos y mexicanos; en Seattle, habrá canadienses, ingleses, yanquis, mexicanos, japoneses y gentes de las Islas Hawai. Las razas del Pacífico estarán allí congregadas en uno de los primeros encuentros pacíficos en que cada uno podrá hablar de sus empeños, sus necesidades y sus ideales. No se trata, ya se supone, de encuentro de agentes diplomáticos que llevan ya escrito el discurso; no se trata de semipolizontes como los que fueron a pedir a La Habana que se limitara el derecho de la prensa internacional para comentar los crímenes de los países tiranizados. En estos Institutos, salvo los raros casos en que logra colarse el delegado oficial, hablan los representantes de la conciencia de los pueblos. Y aún cuando aparece el delegado oficial o la larga y lamentable comitiva de los comisionados y propagandistas políticos que se disfrazan de intelectuales, el público es advertido de antemano y sabe ya la clase de piadosa sonrisa que tiene que dedicar a los visitantes. Comúnmente, sin embargo, a esta clase de enviados se les pasea, se les alimenta y luego se les despide, con el alivio de que no queda memoria ni de sus nombres.